NUEVAS ORIENTACIONES HISTORICAS

Por AGUSTIN TIJERINO ROJAS

Es natural que las ciencias sociales, ó culturales, como suelen llamarlas algunos filósofos, tiendan a modificar sus valores de acuerdo con el nuevo criterio que las estudia y analiza, en concreto, sus diversos problemas. La historia, que en esta escala sobresale por el atractivo de sus temas y la influencia de sus opiniones, es, de preferencia, un terreno propicio a las rectificaciones y enmiendas, obligadas por la lógica de sus propias investigaciones. Por bien reforzado y presentado que haya sido el error de ayer, terminará siempre, quiérase o no, cediendo el paso a las especulaciones futuras, invariablemente encaminadas a descubrir la verdad de cuantos sucesos ocurrieron en un momento dado del proceso biológico y social. Es decir, la razón terminará por imponer sus leyes, más ilustradas y justas, allí donde el juicio circunstancial y los intereses particulares, habían levantado trincheras para defenderse de adversarios reales ó supuestos.

Este progreso en la disciplina mencionada nótase con brillante claridad en las obras históricas de la escuela moderna, principalmente en Europa. El hecho también ocurre en América, pero con menos intensidad; con todo, es apreciable tal fenómeno en quienes tienen más contacto con el movimiento intelectual del viejo continente. Puede confirmarse que en esta corriente innovadora, a juzgar por sus manifestaciones, pronto efectuará desviaciones profundas en el ámbito de ciencia tan difícil de apreciar como la historia. Además, las teorías filosóficas de reciente fecha, caracterizadas por una tendencia a la mayor libertad posible en el criterio que las aborda, apresurarán los cambios aludidos en el sentido de revisar nuestro pasado. Y ello no será tarea escabrosa en la vista de las incontables exageraciones y mentiras, que empañan casi la totalidad de nuestras llamadas historias.

Harto sabemos que los juicios de esta naturaleza, inspirados en las luchas pretéricas, estuvieron, en su mayoría, regidos por las tendencias ideológicas de la época y del sectarismo belicoso. Carecen de la independencia absoluta que necesitamos para elevarnos a la noble categoría de jueces imparciales.

Ocurre esto singularmente en los tiempos de agitación revolucionaria, cuando lo esencial, para los autores, es ganar una batalla é imponer una doctrina.

Períodos así, años de convulsiones tan radicales y violentas, no son acontecimientos esporádicos en la vida intelectual de los pueblos. Sin ir demasiado lejos, cabe asegurar que las repúblicas iberoamericanas, tal beligerancia en la preparación de la historia, se dio a conocer a raíz de la independencia y abarcó hasta los primeros años del siglo actual.

Al tiempo que se hacía la historia había el propósito de escribirla, de suerte que la violencia de la guerra trascendía al criterio de los autores, empeñados en la tenaz defensa de sus intereses cuya supremacía, era la única ambición de tantos esfuerzos y sacrificios.

Por consiguiente a nadie debió sorprender aquel procedimiento absurdo de narrar y comentar los hechos. Era la consecuencia natural de una revolución, que en América degeneró lamentablemente en los peores excesos de la demagogia erigida en cátedra de la "verdad" política dedicada al obscurecimiento del pasado. Lo uno serviría de sombra a lo otro, para que la deformación de las ideas no discrepara de los relatos igualmente deformados.

Si hay una ciencia que requiera serenidad y visión aguda de los problemas que trata, es la historia. En ella, como decía Bourget, no debemos tomar partido, sino tener partido: cosas diametralmente opuestas, y la segunda, muy difícil de adquirir. Porque tener partido en el campo señalado, es situarnos de antemano en el puesto que nos corresponde como jueces dignos de cumplir una misión tan delicada como la de pesar en labalanza el pro y el contra de las realidades sometidas a nuestro criterio. Allí radica el partido que nos incumbe como historiadores; en esa formación completa y lúcida del criterio, único instrumento de que nos valdremos para una exégesis libre de prejuicios, capaces de alterar la esencia de la vida histórica.

Por ignorar estos principios elementales de la filosofía en sus aplicaciones al estudio del desenvolvimiento humano, sufrimos todo género de equivocaciones é inventamos las leyendas y mentiras, que después, con el título de historias, pasan a nublar la mente de varias generaciones. En su corriente navegan las más delirantes afirmaciones, ganan prestigio los *idola fori* del oportunismo sectario y quedan en la sombra tantos valores auténticos de la colectividad nacional.

Cumpliéndose en este caso también la ley sociológica de las reacciones contra toda afirmación ayuna de pruebas suficientes en la deducción de sus sofismas. No extraña jamás que en el seno del mismo de una sociedad engañada, aparezca, en forma a veces violenta, el látigo de los iconoclastas, en actitud de echar por tierra aquello que el día anterior, parecía gozar todavía de la consagración popular. Es la consecuencia de la fe mutilada y del ideal sirviendo de antifaz a los iscariotes de su revolución.

Tal fue la lucha desde principios de este siglo en Hispanoamérica; una de las enconadas beligerancias de su intelectualidad. Aun continúa, siempre al rojo vivo de las pasiones exaltadas; pero todo concurre a probarnos que la vieja escuela del fanatismo político, pierde terreno, a efecto de permitir que por las ventanas de la historia, penetre más luz al recinto de la verdad.

Así tenía que acontecer, pese a las obstinadas resistencias del personalismo y a las amelladas teorías de los sistemas políticos en franca retirada. La generación presente descubre, con el argentino Esteban Echeverría, que nuestros abuelos no siempre fueron buenos amigos, y si hubo entre ellos profundas disensiones del odio y la venganza, lógico es que en sus escritos, reluzcan diferencias en circunstancias opuestas al esclarecimiento de la verdad. Por otra parte, los

autores empeñados en trasmitirnos las informaciones de aquel tiempo, es de suponer que sufrían iguales influencias; seguían el camino trazado por el procedimiento de la simple narración, en muchos casos insuficiente para apreciar los hechos debido a su proximidad en el ámbito cronológico. Ahora, el transcurso de cien años, por lo menos, es ya una perspectiva que nos lleva a mejores conclusiones.

Un examen a buen número de obras publicadas en nuestros días, aclara, sin timideces ni vacilaciones, el pensamiento que venimos exponiendo. En ellas prepondera un criterio distinto del anterior, se analizan documentos y se apelan en grado suficiente, a las reacciones populares, que también son factores de inapreciable contenido, en la justa comprensión de la historia. Porque la historia exclusivamente oficial, esa que pretende monopolizar la totalidad de cuanto debemos saber en torno a la vida pretérita, no es ya escuela de absoluta confianza en esa línea de conocimientos. Hasta hubo quien dijera, sin faltar mucho a la seriedad del asunto, que es la más mentirosa de las historias.

Tan importantes evoluciones en la materia las descubrimos, singularmente, en el género biográfico. La mayor parte de los hombres representativos, del continente ó cuya participación en la vida pública fue grande, están siendo motivo de estrictas valoraciones sobre las cuales hay que rectificar y esclarecer innumerables aspectos de sus actuaciones políticas y sociales. Empresa que ha originado verdaderos escándalos en los círculos estrechos y anquilosados de la tradición partidarista y de los prejuicios acumulados por la inercia en la mente de una intelectualidad retrógrada.

Pero, necesario es repetirlo: la distancia de un siglo es más que suficiente para brindarnos otra perspectiva de los hombres y de los hechos. Y así vemos que el tirano Rosas en la Argentina, no fue el monstruo de los odios envenenados, sino también el salvador de su país cuando estuvo a punto de convertirse en una simple colonia británica o francesa como las Guayanas; que García Moreno ostenta no sólo el puño férreo de las catilinarias de Montalvo, sino también el progreso total de una nación amenazada de completa disolución por la anarquía y la ignorancia demagógica.

Larga sería la lista, pues cada república nuestra presenta ejemplos más o menos clásicos en el vaivén de sus agitaciones populares; mas no pasaremos en silencio la parte que se relaciona con Centro América. Aquí también aparecen iguales síntomas de esa reforma substancial en la exposición de los acontecimientos y en la apreciación de los hombres que en ellos participaron. Ya para la mayoría de los guatemaltecos el general Rafael Carrera no es el indio salvaje de las iras de Montúfar, sino el fundador y organizador de la república cuya enérgica autoridad y valentía, evitó para siempre las depredaciones y saqueos que antes verificaban en su territorio los ejércitos vecinos. En El Salvador la noble figura de Manuel José Arce es vista como la encarnación de un patriotismo vilependiado y escarnecido por la miopía extranjerizante de sus enemigos. Don

Braulio Carrillo, en Costa Rica, no es el dictador vulgar de las montoneras tropicales, sino el hombre que supo librar a su tierra de la epidemia seudorrevolucionaria del Istmo en horas harta difíciles para el Estado.

¡Cuántos ejemplos más de esa clase nos sería dable mencionar!

Los dejamos en la memoria del lector, que tal vez los conoce mejor. Lo esencial es reflexionar, en términos concretos, sobre esta legítima revolución del criterio iberoamericano, llamada a consolidar los derechos de la verdad en los dominios de la historia.

Matagalpa, Nicaragua, 1960.